





# LA ÚLTIMA MARINERA



Melacio Castro Mendoza

# LA ÚLTIMA MARINERA



Primera edición: octubre de 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Melacio Castro Mendoza

© Cuadro del autor: Ever Arrascue

ISBN: 978-84-19439-66-6

ISBN digital: 978-84-19439-67-3

Depósito legal: M-24027-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Para Annette, mi esposa;  
Johanna, mi hija, y Simón Amaru  
y Wilmer, mis hijos.*





Y nadie más que nosotros para luchar duro, muy  
duro; hasta acabar como acaban los bueyes, viejos  
y cansados; hasta quemarnos como se queman los  
cirios o hasta que la trampa nos recoja en  
cualquier lugar adonde el destino nos lleve.

WELLINGTON CASTILLO SÁNCHEZ

El secreto de las grandes fortunas sin causa aparente  
es un crimen olvidado.

HONORATO DE BALZAC



## UNO

—A Lorenzo Claro Portilla la mala suerte lo acompañaba desde su nacimiento. ¿Viviría siempre bajo el signo de las desgracias? Hilda Huamán, mi compañera, a quien todos en Amargura, nuestro pueblo, la llamaban la *Mamacha*, lo crió alimentándolo con la leche de las vacas de una hacienda. Una tarde, mientras lo acariciaba, le reveló que ella no era su madre y que yo, Honorato Hernández, tampoco era su padre. Sin más, le dijo:

»—Honorato y yo te heredamos, Lorenzo, de la Pascuala Portilla, la joven que te trajo al mundo. A don Carlos Claro, el hombre que de cuando en cuando te trae un litro de leche, lo conoces, ¿no es cierto? Él y no Honorato, es tu papá. Honorato Hernández y yo no somos tus padres. Con mucho cariño, eso sí, te adoptamos como a nuestro hijo. Aunque mis ojos ya no me permiten ver las formas de las cosas ni la de las personas, te sé de cara algo aceitunada, nariz pequeña, labios un poco carnosos y mirada intensa. Tus ojos son negros y muy lindos, ¿verdad? Lorenzo, ¡Honorato y yo, hijo, te queremos mucho!

»El muchacho era, cosa cierta, tal cual la Mamacha lo acaba de describir. Desde la tarde en que él escuchó tamaña confesión, no sé qué raros sentimientos reemplazaron la alegría que hasta entonces había sido su sello más característico. Menudito de cuerpo él, se apoyó en el regazo de la Mamacha y dijo:

»—¿Me estás embromando, Mamacha Hilda?

»—¡No, hijo!

»—¿Quién es la Pascuala Portilla?

»—¡La Pascuala Portilla fue, pues, la mujer que te parió!

»—¿Dónde la puedo encontrar?

»—¡Ay, hijo, tu madre murió al parirte!

»—¿Maté, al nacer, a mi mamá? ¡Noooo!

»—¡Por desgracia, sí! Quiero decir: no; no la mataste tú. Como muchas mujeres de nuestros campos, ella murió de parto.

»Lorenzo Claro abandonó el regazo de Hilda y corrió hacia mí. Sus manos enlazadas entre las mías lucían frías. El temblor y la palidez que se apoderaron de su cuerpo, me asustaron. ¿Volvería a la normalidad? Lo abracé y olí por primera vez lo que después, en muchos de sus amaneceres, encontré en sus pantalones: su caca y sus orines.

»Otra tarde, para empeorar las cosas, cuando estaba acariciándolo, desde la calle nos alcanzó hasta la cocina un calamitoso griterío humano. Salimos a averiguar qué era lo que sucedía y en eso, Tomás Saldaña, un jovencito, destacó de entre la turba del pueblo y nos anunció:

»—¡Don Carlos Claro fue sepultado por el derrumbe de su propia excavación que andaba practicando en la huaca!

»Sucede señor José Gabriel Martínez, que durante los meses en que carecemos de cualquier trabajo, los vecinos de Amargura recurrimos a la huaca, uno de nuestros centros arqueológicos, y hacemos excavaciones a veces riesgosas. Sin cesar, solemos encontrar tesoros mochicas: huacos, pecheras de oro, máscaras de plata y chaquiras. En su profundidad, ¡abundan los tesoros! Los suertudos, además de tesoros enterrados, siempre encuentran compradores y a cambio del poco dinero que por estos les entregan, se hacen de la posibilidad de poder cubrir los gastos de sus alimentos, de sus medicamentos y hasta algunos de sus vicios».

—¿Vicios? —me extrañé.

—Vicios menores, señor: una que otra botellita de chicha de jora cuando no de una cerveza. La cervecita, oiga, ya ha empezado a llegar por estas tierras —aclaró don Honorato.

—¿Suertudos? ¿Qué significa «la buena suerte»? —consulté.

—¿La buena suerte? Es solo una expresión popular. Yo no creo que sea una buena suerte malograr nuestras huacas para extraer sus tesoros y cambiarlos por dinero. En oposición a los suertudos, en tales labores hay hombres a quienes les visita la mala suerte. Uno de ellos fue Carlos Claro. Pobre hombre, la huaca le robó su cuerpo y su alma. ¿Cómo se pueden practicar escavaduras a la diabla? Estas provocan derrumbes que acaban sepultando a sus autores.

»Al oír Lorencito, mi muchacho, la noticia de que su padre auténtico pertenecía ya a los difuntos —continuó don Honorato—, enmudeció él y minutos después empezó a caminar como un autómeta. En sus raros movimientos, a veces parecía flotar. La tarde en que su padre en busca de tesoros pagó con su propia vida su fallida excavación, Lorencito se orinó en abundancia en su propio pantalón. Cuando la noticia de la tragedia nos alcanzó, el sol empezaba a ocultarse. Qué bello y luminoso se me andaba haciendo el panorama. Después de la noticia, oiga, ya lo dije, mi criatura se cagó. Ante tamaña compleja realidad me olvidé de tan hermosa tarde y las dudas sobre el sentido de la vida se me hicieron las mismas nubes que en el cielo constituían una especie de lenguas negriblancas un tanto como quemándose por no sé qué fuego. Créame, terminé mareado. Atontado, tomé a mi muchacho entre mis brazos y lo llevé al río. Con las esperanzas de que al sentir la frescura de sus aguas volviera él a sonreír, recogí con mis manos el líquido más cristalino y se lo di a beber. ¡No; no reaccionó! Parecía él más bien de piedra. Dolido, le quité la ropa, le lavé sus partes íntimas, su pecho, su cabello negro... y nada. ¡Seguía como alejado del mundo y de sí mismo! Lo sacudí, lo cacheteé, volví a abrazarlo y le dije: «Lorenzo, ¡despierta; ven, vamos a recuperar el cadáver de tu padre!». Como quien no quiere, sin volver a ser el mismo, ¡entonces despertó!

»Llegada la noche, asistidos por la débil luz de nuestras lámparas y de nuestros candiles, mis vecinos y yo, lampa en mano, dejamos Amargura y nos encaminamos a la huaca. Allí, lo poco que recuperamos de Carlos Claro fue una palana vieja, a cuyo filo

se fijaba una capa de tierra; una alforja conteniendo una botella de agua y una faja de hilos de algodón que él, Carlos Claro, el padre de mi muchacho, solía usar como soga, ya muy desgastada. Créame, su faja tenía el color de la tierra. Lorenzo me la quitó, se la envolvió en su cintura y fuera de todo control, por primera vez empezó a correr para atrás y para adelante. Solo dos días después, ante una nueva visita al lugar de la huaca que se convirtió en la tumba de su difunto padre, recuperó algo de su tranquilidad. ¿Hablar? ¡No! Dos años, más o menos, se los pasó sin soltar palabra alguna. De cuando en cuando le daba por imitar los zumbidos de un motor, semejante al de un tractor, y agitando la ya más sucia faja de hilos de algodón, herencia única de su padre natural, corría para atrás y para adelante. Cuando se agotaba se tiraba al suelo, envuelto en su gran sudor. Acostado, al contacto con la tierra, cosa rara, ganaba una relativa tranquilidad. La humedad del barro, se dio cuenta un día mi Hilda, parecía hacerle bien. Por aquella época, los muchachos de Amargura, nuestro pueblo, empezaron a llamarle el *Sonso*, el *Pavo* y el *Guardacaballo*. ¡Una barbaridad! Hilda y yo, más que nunca, lo defendimos con uñas y dientes. ¡Nunca dejamos de quererlo como a nuestro propio hijo! Una mañana, cuando oyó que todos somos mortales, con mucho nerviosismo, mientras desayunábamos, preguntó:

»—¿Qué haré, Mamacha Hilda, si tú y papá Honorato un día se me mueren?

»Con un nudo en la garganta, me adelanté a la Mamacha y le respondí:

»—¡No, Lorenzo, mientras tú vivas, la Mamacha y yo no te vamos a dejar solo ni nos vamos a morir!

»¡Valga mi promesa! Ahora tengo la certeza de haber ganado a Tomás Saldaña, hombre ya mayor, para que, en caso de mi fallecimiento, asuma él los cuidados que nosotros siempre dimos a Lorenzo. Ahora mismo, que estoy viviendo en Trujillo, lo hace ya. Menos mal, ¡Tomás Saldaña regresó a tiempo a nuestras tierras! Se cuenta que andaba vagando por el mundo. Ahora habita la casa en

que Hilda y yo habitábamos. Por trabajo, se dedica él a ejercer la docencia artesanal... y a cuidar a Lorenzo. ¡Un gran viajero, Tomás Saldaña un día se nos perdió! Sin dejar rastro alguno, abandonó Amargura. Lorenzo Claro, más tarde, lo imitó. ¡Qué casualidad, ambos volvieron casi uno detrás del otro!

»Usted, señor Martínez, puede viajar a Amargura y hablar con don Tomás Saldaña. Él le confirmará lo que le acabo de contar. De paso, podría hacer lo mismo con mi muchacho: de estar él fuera de sus males, de los cuales sale y a los cuales vuelve de un momento a otro, le revelará cosas de no creer. Si sus deseos de entrevistar a Lorenzo Claro a causa de lo que le sucedió a Sandra Palacios es un pedido de mi patrón Diego Sifuentes, ¡me siento obligado a la vez que honrado en facilitarle los datos de cómo llegar a Amargura! A mi patrón le conté que mi Lorenzo, realidad o fantasía, no se cansa de sostener haber estado en Alemania. De paso, mi patrón cree que el Perú siempre estuvo ligado a ese país. ¿Por qué será?

»Mi salud, señor Martínez, está ya deteriorada. Atacado por la reuma y por otros males más que me causan extremos dolores en el vientre y en el pecho, no estoy muy seguro de cuántos meses más voy a sobrevivir. Sueño ya que mi cuerpo entregado a la tierra se convierte en raíces, origen de unas lombrices que, en busca del agua, hacia el mediodía, se echan a caminar. Tierra adentro, qué curioso, unas atraviesan nuestro desierto. Culebreando, las veo avanzar hacia el mar. Otras, haciendo lo mismo, se echan en busca de las montañas. Y unas terceras, las más hábiles, olfatean y alcanzan las más lejanas aguas de los ríos que desembocan en la selva, enriqueciendo ciertas lagunas y ciertos lagos cristalinos. Inconfundibles, todas y cada una de aquellas lombrices conservan su propia identidad. Con mi verbo y con mi voz, para aquellos que tienen oídos y quieren oír, gritan: “El cerebro y la razón humana cumplen su misión cuando de cualquier manera logran resumir y transferir sus mejores experiencias a nuestros semejantes. La muerte es el paso de lo consciente a lo inconsciente. Su flujo y su reflujo natural hermana a hombres y a mujeres con las larvas, de

las cuales somos, al final, una gran familia. ¿De qué valen las vanas pretensiones y de qué, las frecuentes y diarias discriminaciones? Debemos vivir con la conciencia de los sabios y practicar, al mismo tiempo, la naturalidad y la humildad de las larvas”.



## DOS

Porque noche a noche me motiva soñar liberándolas de sus sales, extraño las aguas de los mares, don Honorato. Aquellas son aguas que se me hacen haber surgido de mis ojos. Ampulosas, sus corrientes y sus olas me infunden un gran respeto. Pensando en ellas, me acuesto a la sombra de los árboles de higo y de papayos, y me siento bien. Higos y papayas arrancados de sus astas, ¡quién sabe por qué!, su leche fresca goteando hacia el suelo, inquietan mi cerebro y nublan mis ojos. Toc, toc, tocan la tierra y sucede que una especie de cortina blanca envuelve y empaña toda mi persona. Usted lo sabe: desde niño, en mí se dan la mano las sombras y las luces. Sin las unas y sin las otras, ¿qué sería de mí? Si me dominan las sombras, don Honorato, mis fuerzas escapan a mi control. Si me acompaña la luz, me sé cabo y aun sargento, ya no de soldados rasos sino de astros. En uno y en otro caso, si oscuro o claro, veo a mi padre, don Carlos Claro, sentado sobre una huaca, convertido en un gigantesco adobe. Aunque sé que me escucha, ante él me doy un gran lujo: repasar, sin equívocos, las etapas más importantes de su vida y de la mía. «Padre —suelo decirle—, te presento a la jovencita que ves a mi lado, Sol Dorado del Valle». Serio, Carlos Claro me señala con su índice color tierra el más allá. «Sol Dorado del Valle —pregunta—, ¿es una región geográfica, un cuento que te inventaste o un mito cuya autoría te atribuyes?». Sin esperar mi respuesta, se eleva él hacia el infinito, en cuyo fondo se hace blanca nube.

A Sol Dorado del Valle, créame, papá Honorato, la conocí después de que mi comando naval me seleccionara y me enviara a

inspeccionar un submarino en Hamburgo, allá en Alemania, junto a unos cadetes y a unos soldados marinos rasos. Satisfecho con la misión encargada, mi teniente Arturo Baum Cortés comentó después mandar a uniformarnos, que los oficiales alemanes dudaban acerca de lo que más les convenía: enviar aquel submarino a un museo, o destruirlo. Nuestro comandante, el vicealmirante Alfredo Pimentel, lo corrigió y afirmó que el mismo submarino estaba en excelentes condiciones y adquirirlo era una necesidad que nos facilitaría el resguardo de las aguas que bañan las costas de nuestra patria. De un lado, soldados, nos inculcó, nuestro país es un suelo prodigioso. Fíjense, analizó, cual niños saludables de sus vientres maternos, de nuestro territorio nacieron algunos países vecinos, o parte de ellos. Por lo general, con todos nos llevamos bien. Sin embargo, ¡no faltan los sietemesinos! Malnacidos, uno que se sitúa al norte y otro al sur de nuestras fronteras, en cuanto nos descuidamos, con vocación de manipuladores, pillos y truculentos, intentan robarnos un pedacito más de nuestras tierras y de nuestro mar. En sus oscuros afanes, nunca dejan de organizarse para, en cualquier momento, reiniciar en contra nuestra sus arteros ataques. ¡Envidian nuestras riquezas territoriales y marítimas y sueñan con apoderarse de estas! Para empeorar las cosas, en amplias regiones de nuestro sacro suelo, como les consta a ustedes, mis bravos héroes, contra nuestro Gobierno democrático se han alzado en armas los comunistas ateos, traidores enemigos de la patria, de Dios y de la familia. Un submarino de alta calidad, hecho inherente a una obra alemana, nos servirá para mantener a raya a los enemigos externos y para garantizar la capacidad de combate de nuestro Ejército y de nuestra Aviación, instituciones que, junto a nuestra gloriosa Marina de Guerra, tutelamos a los peruanos que se enfrentan a muerte contra nuestros poderosos y malvados enemigos internos.

Con semejante filosofía golpeando mi cerebro y mis tímpanos, después de un largo viaje en un barco de la Marina de Guerra del Perú, atracamos en Cuxhaven, una ciudad cercana al inmenso puerto de Hamburgo. Poco antes de poner pie en tierra, formaditos

aun dentro de nuestro barco, fieles a nuestra bandera, cantamos: «Mar peruano, escenario milenario / de bronceados marineros que en la esencia de tu sal / nos legaron para siempre aquel dominio / que preserva en su destino nuestra Armada Nacional...».

¡Un disparate, perdone usted, papá Honorato! Cinco días después de andar un tanto perdidos en la grande y hermosa ciudad de Hamburgo, nuestro comandante nos anunció: «¡A imagen y semejanza de la Guerra de 1879, los enemigos del sur del Perú andan presionando contra nosotros! Compatriotas: ¡espero que el Gobierno alemán no ceda al chantaje y que, con el honor que le caracteriza, apruebe nuestra compra, objetivo de nuestra misión! ¡Nosotros necesitamos hacernos de un submarino!».

La mayoría de mis camaradas, cadetes y clases, jamás había visto un submarino. Fuera de sí, para variar un poco nuestro improvisado inicial programa de turismo, después de muchas idas de nuestro barco y muchas vueltas a él, nuestro comandante nos anunció una parranda para una de aquellas noches. Entretanto, despidió a los diplomáticos que nos guiaban y aconsejaban, y nos dio asueto. En manada, vestidos de civil, nos dirigimos hacia la Zona Roja, llamada Sankt Pauli en ómnibus un trecho y otro en metro. Sin ánimos de acostarme con ninguna puta, me displacé no sé si calle arriba o calle abajo del lupanar y entre los ambientes de un bien cuidado y verdísimo parque, sentada en un banco de madera, vi a la muchacha que resultó siendo Sol Dorado del Valle. Leía ella un libro. La fuerza, belleza y carisma que ella despedía fueron un manojo de hilos y de cuerdas que, de golpe y porrazo, me ataron a su persona. Apenas la vi, ella me observó, cerró las páginas abiertas de su libro y sonrió.

«¡A la mierda con la disciplina militar!», pensé, agitado mi corazón.

Ignoro con qué motivos, resultamos hablando y mientras ella, mi nuevo Sol, me aportaba los primeros datos acerca de su origen trujillano y de sus quehaceres en Hamburgo, mi espíritu en ebullición pugnaba por hacerla parte de mi corazón. Sin mayores esfuerzos, rechacé los absurdos versos guerreros de mi arma

que dicen: «En los hombres que guardan memoria / acciones de Gloria, cual tuvo Noel / si les toca su hora en la historia / sabrán ser sublimes, así como él. / La Marina, por ellos existe / y por ellos ha de perdurar / cual los firmes colores que viste: ¡El oro del sol y el azul de su mar!».

¿Acciones de gloria de Noel? ¿Cuál Noel? En 1845, el peruanoespañol Juan Noel Lastra recibió del Gobierno del general Ramón Castilla el mando de un velero de mil doscientas toneladas, cuyo nombre era Mercedes, nuestro primer buque-escuela. Nueve años después, el Gobierno del general Rufino Echenique se enfrentó en los campos de Huaraz a su rival, el expresidente Ramón Castilla, devenido en golpista, a cuyas tropas el coronel Allende derrotó. Prisioneros parte de los soldados de Castilla, los vencedores los encerraron en nuestro buque-escuela Mercedes, en aquel momento averiado. Remolcado el 2 de mayo de 1854 por el vapor Rímac, cuyo comandante era Ramón Valle Riestra, el cable se rompió y nuestro primer buque-escuela fue a estrellarse contra la Roca Negra, llamada también la Viuda. Junto a los numerosos prisioneros golpistas de Ramón Castilla murieron setecientos treinta y seis alumnos del Mercedes. Más que acciones de gloria, aquel fue un acto de una tremenda irresponsabilidad histórica. ¿Glorificarlo? ¿O glorifican los absurdos versos guerreros de mi arma las acciones de Noel, el hombre vestido de rojo y blanco de la empresa Coca-Cola que en los meses de diciembre finge hacer a la gente regalos navideños en las calles de las grandes ciudades?

Ver, saludar y apretar las tiernas manos entre las mías a la vez que saber el nombre suyo, Sol Dorado del Valle, me hicieron olvidar por algunas semanas mi condición de soldado.